

nificas baladas históricas de Rylieff, el poeta á quien Nicolás I ahorcó en 1826; otros libros contenían música, dramas franceses, versos de Lamartín, poemas de Byron copiados por ella, y un gran número de acuarelas.

Alta, delgada, adornada con una abundante cabellera de un castaño subido, ojos del mismo color y una boca pequeña, parecía hallarse casi animada, en un retrato al óleo que había sido hecho *con amore* por un buen artista. Siempre alegre y por lo general contenta, era aficionada al baile, y las mujeres de los campesinos del pueblo nos contaban cuánto le gustaba contemplar desde un balcón sus danzas (acompañadas y graciosas), concluyendo por tomar también parte en ellas. Tenía un temperamento artístico; en un baile fué donde cogió el catarro que más tarde produjo la inflamación de los pulmones que la llevó al sepulcro.

Todos los que la conocieron la querían; los criados adoraban su memoria; en su nombre, la señora Burman se hizo cargo de nosotros, y en su nombre también, la nodriza rusa nos hizo el objeto de su cariño. Mientras que nos peinaba ó nos persignaba al acostarnos, esta última solía con frecuencia decir: «Y vuestra mamá, que está en los cielos, debe miraros desde allí, y llorar por vosotros, pobres huérfanos». Toda nuestra infancia está llena de su memoria. ¡Con qué frecuencia, al pasar por un lugar oscuro,

la mano de un criado nos acariciaba á Alejandro ó á mí, y cuántas, la mujer de un agricultor, al encontrarnos por el campo, nos preguntaba: «¿Seréis tan buenos como fué vuestra madre? Ella se compadecía de nosotros; vosotros, de seguro, lo haréis también». «Nosotros», por supuesto, quería decir los siervos. Ignoro qué destino hubiera sido el nuestro, á no haber hallado entre los siervos dedicados á los trabajos domésticos esa atmósfera de cariño que necesitan los niños á su alrededor. Nosotros éramos sus hijos; nos parecíamos á ella, y ellos nos demostraban su afecto, algunas veces de un modo muy delicado y expresivo, como se verá más adelante.

Los hombres desean apasionadamente vivir después de muertos, y, sin embargo, á menudo dejan de existir sin haberse dado cuenta del hecho de que la memoria de una persona verdaderamente buena vive siempre, queda impresa en la generación inmediata, y es de nuevo transmitida á los hijos. ¿No es esta una inmortalidad digna de aprecio?

IV

Dos años después de la muerte de nuestra madre, nuestro padre se casó otra vez; había ya fijado la atención en una linda joven, perteneciente á una opulenta familia, cuando la suerte dispuso lo contrario. Una mañana, mientras se hallaba todavía de bata, los criados entraron

precipitadamente en su habitación anunciándole la llegada del general Timofeoff, jefe del sexto cuerpo de ejército, al cual nuestro padre pertenecía. Este favorito del emperador era un hombre terrible; hacia azotar á un soldado, hasta dejarlo casi muerto, por la más leve falta, ó degradaba á un oficial y lo mandaba después de soldado á Siberia, por haberle encontrado en la calle con los corchetes del alto y tieso cuello de la casaca desabrochados. Con Nicolás la influencia de este hombre era ilimitada.

El general, que no había estado nunca antes en nuestra casa, vino á proponer á mi padre el matrimonio con la sobrina de su mujer, la señorita Elisabeth Karandínó, una de las varias hijas de un almirante de la escuadra del mar Negro; una joven con un clásico perfil griego, que tenía fama de hermosa. Mi padre aceptó, y su segunda boda, como la primera, fué solemnizada con gran fausto.

—Vosotros, los jóvenes, no entendéis nada de estos asuntos—decía en conclusión, después de haberme contado esa historia más de una vez con un gracejo particular que no intento reproducir.—¿Sabéis, por ventura, lo que significaba en aquel tiempo el comandante de un cuerpo de ejército? ¿Sobre todo, que ese diablo tuerco, como acostumbábamos llamarlo, viniera en persona á hacer la proposición?

Claro es que no traía dote; sólo un gran baúl

lleno con sus galas, y esa Marta, su única sierva, tan morena como una gitana, sentada sobre él.

De este acontecimiento no guardo memoria ninguna. Sólo recuerdo un gran salón en una casa ricamente amueblada, y en él á una joven bonita, de tipo marcadamente meridional, jugando con nosotros y diciendo:—Ya veis qué mamá tan linda vais á tener. A lo cual Sasha y yo, mirándola con enojo, contestamos:—Nuestra mamá ha volado al cielo.— Su desenvoltura la mirábamos con prevención.

* * *

Llegó el invierno, y una nueva vida empezó para nosotros. Se vendió nuestra casa y se compró otra y amuebló de nuevo por completo. Todo lo que podía recordar á nuestra madre se hizo desaparecer; sus retratos, sus pinturas y sus bordados. En vano la señora Burman imploró quedarse, prometiendo dedicarse al hijo que nuestra madrastra esperaba tener, como á cosa propia; fué despedida. «No quiero nada de los Sulimas en mi casa»—se le dijo. Toda relación con nuestros tios y abuela fué cortada. Uliana se casó con Frol, quien se convirtió en mayordomo, en tanto que ella vino á ser ama de gobierno; y para cuidar de nuestra educación se tomaron un tutor francés, liberalmente retribuido, M. Paulain, y un estudiante ruso,

N. P. Smirnoff, á quien se le daba una miseria.

Muchos de los hijos de la nobleza de Moscou eran educados en aquella época por franceses, que representaban los restos del gran ejército de Napoleón. M. Paulain era uno de ellos; acababa de terminar la educación del hijo menor del novelista Zagoskin, y su discípulo Serge gozaba en el barrio de los Viejos Caballerizos la reputación de estar tan bien educado, que nuestro padre no vaciló en tomarlo por la respetable cantidad de seiscientos rublos al año.

Este traje consigo un perro de caza, *Trésor* su cafetera Napoleón y libros de texto franceses, y empezó á dirigirnos y disponer del siervo Matvei, que habia sido destinado á nuestro servicio.

Su plan de educación era muy sencillo: después de despertarnos, se ocupaba de su café, que acostumbraba á tomar en su cuarto; mientras que preparábamos las lecciones de la mañana, él se hacía su toilet con gran esmero; se arreglaba su cabello gris de modo que ocultase su creciente calva, se ponía el frac, se rociaba y lavaba con agua de Colonia y nos escoltaba al piso inferior á dar los buenos días á nuestros padres. Por lo general, los encontrábamos almorzando, y al acercarnos á ellos decíamos, con tono de declamación y con toda la gravedad posible: *Bon jour, mon cher papá y bon juor, ma cher maman*, y les besábamos la mano; y él hacía una

complicada y elegante reverencia al pronunciar las palabras *bon jour, monsieur le prince y bon jour, madame la princesse*; después de lo cual se retiraba inmediatamente la procesión y se volvía á subir. Esta ceremonia se repetía todas las mañanas.

Entonces empezaba nuestro trabajo: el maestro cambiaba el frac por una bata, se cubría la cabeza con un gorro de piel, y, arrellenándose en una butaca, decía: «Recitad la lección.»

Nosotros lo hacíamos «de memoria», desde una señal hecha en el libro con la uña, hasta la inmediata. M. Poulain habia traido consigo la Gramática de Noel y Chapral, memorable para más de una generación de jóvenes de ambos sexos rusos; un libro de diálogos en francés, una Historia universal, en un volumen y una Geografía, universal también é igualmente en un volumen. Teníamos, pues, que encomendar á la memoria la Gramática, los diálogos, la Historia y la Geografía.

La Gramática, con sus conocidas sentencias: «¿Qué es Gramática?» «El arte de hablar y escribir correctamente», no ofrecía ninguna dificultad. Pero el libro de Historia, desgraciadamente, tenia un prólogo que contenía una enumeración de todos los beneficios que reportaba su estudio: al principio todo marchaba relativamente sin dificultad. Nosotros recitábamos: «El príncipe encuentra en ella ejemplos magnánimos para

gobernar á sus súbditos; el jefe militar aprende allí el arte noble de la guerra.» Pero al llegar á la parte jurídica se presentó el apuro: «El jurisconsulto halla en ella también...» Esto es lo que nunca pudimos llegar á saber. Era terrible la palabra «jurisconsulto»; lo echaba todo á perder. Al llegar á ella nos parábamos.

—¡De rodillas, *gros pouff!*—exclamaba Paulain (eso era por mí.)— ¡De rodillas, *gran dada!* (Eso era por mi hermano.) Y allí nos arrodillábamos llorando, procurando inútilmente enterarnos de todo lo referente al jurisconsulto.

¡Ese prólogo nos costó muchos disgustos! Estábamos ya aprendiendo todo lo concerniente á los romanos, y acostumbrábamos á poner nuestros bastones en la balanza de Uliana cuando pesaba el arroz, «lo mismo que Breno»; saltábamos desde las mesas y otros precipicios por la salvación de nuestro país, imitando á Curcio, y todavía nos hacía él volver de tiempo en tiempo al dichoso prólogo, y de nuevo nos hacía arrodillar por ese mismo jurisconsulto. ¿Es, pues, de extrañar que, más adelante, tanto mi hermano como yo, sintiéramos una repugnancia invencible por la jurisprudencia?

No sé qué hubiera sucedido con la Geografía si también hubiese tenido prólogo; pero, afortunadamente, las primeras veinte páginas del libro habían sido arrancadas (supongo yo que Serge Zagoskin nos prestó ese gran servicio), y así,

nuestras lecciones comenzaron en la página veintiuna, que empezaba de este modo: «de los ríos que bañan á Francia.»

Hay que confesar que no siempre se limitaba todo á arrodillarse: había en la clase una vara de abedul, y á ella recurría el maestro cuando no se adelantaba nada en dicho prólogo ó en algún diálogo sobre virtud y urbanidad; pero un día nuestra hermana Elena, que ya en esa época había salido del *Catherine Institut des demoiselles* y ocupaba una habitación bajo la nuestra, al oír los lamentos que dábamos, corrió, llamando al despacho de nuestro padre, y se lamentó amargamente de que se nos hubiera abandonado á nuestra madrastra, quien nos había entregado en manos de «un tambor francés retirado». «¡Por supuesto—decía ella—, no hay nadie que los defienda; pero no puedo ver con paciencia á mis hermanos tratados de ese modo por un tambor!»

Cogido así, de improviso, nuestro padre no sabía qué decir: empezó por reprenderla; pero concluyó aprobando el afecto que demostraba á sus hermanos. En adelante la vara de abedul se reservó para enseñarle las reglas de urbanidad al perro *Trésor*.

Apenas se había desprendido M. Paulain de sus penosos deberes profesionales, cuando se convertía en otro hombre: era un alegre compañero, en vez de un maestro gruñón, y sus cuen-

tos eran innumerables; hablábamos como cotorras. A pesar de que bajo su dirección no pasamos nunca de las primeras páginas de la sintaxis, pronto aprendimos, sin embargo, á hablar correctamente; nos acostumbramos á *pensar* en francés; y después de algún tiempo de escribir al dictado la mayor parte de un libro de mitología, del que se servía para corregir nuestras faltas, sin intentar jamás el explicarnos por qué una palabra se ha de escribir de un modo determinado, habíamos aprendido á «hacerlo con corrección».

Después de comer, dábamos clase con el maestro ruso, un estudiante en Derecho, de la Universidad de Moscou; él nos enseñaba todo lo referente á Rusia: Gramática, Aritmética, Historia, y así sucesivamente. Pero en aquel tiempo los estudios serios aún no habían empezado. Al mismo tiempo, nos dictaba todos los días una página de Historia, y de aquel modo práctico aprendimos pronto á escribir el ruso correctamente.

Lo mejor para nosotros era los domingos, cuando toda la familia, exceptuándonos á los niños, iba á comer con madame la générale Fimateeff. También ocurría algunas veces que se les permitía salir de casa á Poulain y Smirnoff, y cuando esto pasaba, quedábamos al cuidado de Uliana. Entonces, después de una comida sin sosiego, corríamos á la gran antecámara, en

la que pronto aparecían las criadas jóvenes. Se jugaba á un sin fin de cosas: á *la gallina ciega*, *la candela* y otros juegos parecidos; hasta que, de pronto, Tikhon, el *sábelotodo*, aparecía con un violín. En el acto empezaba el baile; no el acompasado y fastidioso, bajo la dirección de un maestro francés, «con piernas de goma elástica», y que formaba parte de nuestra educación, sino una danza libre, que no era una lección, y en la que veintè parejas giraban á su gusto, lo que no era más que un preludio del más animado y poco menos que primitivo baile cosaco. Después Tikhon pasaba el violín á uno de los hombres más formales, y empezaba á hacer tales maravillas con sus piernas, que las puertas que conducían al salón se veían bien pronto llenas por los cocineros, y aun los cocheros, que venían á ver el baile, al que los rusos tienen tanta afición.

A eso de las nueve se mandaba el carruaje grande á recoger á la familia, en tanto que Tikhon, con cepillo en mano, se dedicaba á devolver al suelo su virginal brillo, y el orden más perfecto quedaba restablecido en toda la casa. Y si á la mañana siguiente éramos sometidos los dos á un interrogatorio extremado, no había miedo de que se nos escapase una sola palabra respecto á la fiesta de la tarde anterior; jamás hemos comprometido á ninguno de los sirvientes, ni ellos tampoco nos hubieran delatado á nosotros. Un domingo, jugando solos en la gran

antecámara mi hermano y yo, chocamos contra un soporte, sobre el que había una lámpara de bastante valor, la cual se hizo pedazos. Inmediatamente los criados celebraron consejo; nadie nos reprendió; pero se convino en que á la mañana siguiente, muy temprano, fuera Tikhon, saliendo de la casa por su cuenta y riesgo, á comprar otra lámpara igual á la que se había roto. Costó quince rublos, enorme cantidad para ellos, pero se compró, y nunca nos dijeron nada referente á este particular ni se habló más del asunto.

Cuando pienso ahora en ello, y vuelven todas esas escenas á mi memoria, recuerdo que jamás oímos ninguna palabra soez en ninguno de los juegos, ni vimos en los bailes nada parecido á lo que ahora se ofrece á la admiración de los niños en el teatro. En su departamento, entre sí, es seguro que usarían otro lenguaje; pero nosotros éramos criaturas—los niños *de ella*—y eso nos ponía á cubierto de semejante cosa.

*
*
*

En aquel tiempo los niños no disponían de una profusión de juguetes, como hoy sucede; nosotros casi no poseíamos ninguno, y, por consiguiente, teníamos que apelar á nuestros propios recursos para proporcionárnolos. Además, desde temprano habíamos ambos adquirido afición al teatro; los de mala muerte, en que todo venía

á parar en lucha entre los ladrones y la policía, llamaban poco nuestra atención; pues ya estábamos cansados de jugar á eso. Pero vino á Moscou la gran bailarina Fanny Elssler, y la vimos.

Cuando nuestro padre tomaba un palco en el teatro, procuraba que fuera de los mejores, y lo pagaba bien; pero quería que toda la familia lo disfrutara. Aunque entonces era yo todavía pequeño, esa artista dejó en mí tal impresión, y era tanta su gracia, elegancia y desenvoltura, que desde entonces he visto siempre con indiferencia esos bailes que pertenecen más bien al dominio de la gimnasia que al del arte.

Como es de suponer, el baile de gran espectáculo que vimos—*Gitana, la Flamenca española*—hubo de repetirse en casa; la parte mimica, no la bailable. Teníamos á nuestra disposición un escenario; pues la puerta que conducía de nuestro dormitorio á la clase, en vez de hoja, no tenía más que una cortina. Algunas sillas, colocadas en semicírculo ante aquélla, con una butaca para M. Poulain, constituían la sala y el palco imperial, y la audiencia podría formarse fácilmente con el maestro ruso, Uliana y un par de criadas cualquiera.

Era necesario representar de algún modo dos escenas del referido espectáculo: aquella en que los flamencos traen á su campo á la gitanilla en un carretoncito, y otra en que aquélla hace su primera aparición en la escena, descendiendo de

un cerro y cruzando un puente, sobre un arroyo que refleja su imagen.

Encontramos nuestra protagonista en una de las muchachas más jóvenes en el departamento de las criadas; su vestido, de algodón azul algo ordinario, no fué obstáculo para que personificara á Fanny Elssler. Una silla tendida, con el espaldar hacia abajo y empujada por los pies, podía pasar por carretón. Pero ¡y el arroyo! Dos sillas y una larga tabla de planchar de Andrei el sastre, formaron el puente, y un pedazo de tela azul el agua; pero la imagen no aparecía en ésta de tamaño natural, por mucho partido que se quiso sacar del espejo de tocador de M. Paulain. Después de inútiles esfuerzos, tuvimos que darnos por vencidos; pero conquistamos á Uliana para que hiciera como que la veía y aplaudiera estrepitosamente en ese momento; así que, al fin, empezamos á creer que tal vez algo de ella podía verse.

La *Fedra*, de Racine, ó por lo menos su último acto, se representó también con facilidad, recitando Sasha muy bien los melodiosos versos

A pein nous sortions aux portes de Frérene,
permaneciendo yo inmóvil é indiferente durante todo el curso del trágico monólogo, cuyo objeto era informarme de la muerte de mi hijo, hasta el momento en que, con arreglo al libreto, tenía que exclamar: «¡Oh, dioses!»

Pero cualquiera que fuese el objeto de nues-

tras representaciones, todas invariablemente venían á terminar con el infierno. Se apagaban todas las luces menos una, la cual se colocaba tras de un papel transparente, para imitar las llamas, mientras que mi hermano y yo, ocultos tras una cortina, dábamos los más terribles lamentos, imitando á los condenados. Uliana, á quien no gustaban esas alusiones al espíritu maligno, hechas á la hora de acostarse, parecía horrorizada; pero yo me pregunto ahora, si tal vez esa extremadamente sintética representación del infierno, con una bujía y un pliego de papel, no contribuyó á librarnos á ambos, en una edad temprana, del temor del fuego eterno. La concepción que de él habíamos formado era demasiado realista para no producir el escepticismo.

Muy joven debía ser yo todavía, cuando vi á los grandes actores moscovitas Schepkin, Sadouskiy y Shumski en el *Corrector*, de Gogol, y otra comedia, y, sin embargo, no sólo recuerdo las escenas más culminantes de las dos, sino hasta el accionar y la expresión de estos notables artistas de la escuela realista, tan admirablemente representada ahora por la Duse. Me acordaba de ellos tan bien, que, cuando vi las mismas obras ejecutadas en San Petersburgo por actores pertenecientes á la escuela francesa de declamación, éstos no lograron impresionarme favorablemente, pues siempre los comparaba con Schepkin y Sadouskiy, quienes habían con-

seguido fijar mi gusto y modo de apreciar en el arte dramático.

Esto me hace creer que los padres que deseen desarrollar un gusto artístico en sus hijos, deberían llevarlos de cuando en cuando á ver buenas comedias, bien representadas, en vez de no darles más alimento artístico que una profusión de las llamadas «pantomimas infantiles».

V

Cuando tenía ocho años, di un nuevo paso en mi carrera de un modo inesperado; no recuerdo bien con qué motivo, pero probablemente fué en el vigésimo primero aniversario de la subida al trono de Nicolás I, cuando se prepararon grandes festejos en Moscou. La familia imperial venia á visitar la antigua capital, y la nobleza moscovita se proponia celebrar este acontecimiento con un baile de trajes, en el que los niños representarían un importante papel. Se había convenido en que toda la abigarrada multitud de nacionalidades de que se compone la población del imperio ruso, estuviera representada en este baile para felicitar al monarca. Grandes preparativos se realizaban en nuestra casa, así como en todas las de los vecinos. Una especie de vestido ruso, muy notable, se le hizo á nuestra madrastra; en cuanto á nuestro padre, siendo militar, claro es que había de presentarse de uniforme; pero aquellos de nuestros parientes

que no pertenecían al ejército, se hallaban tan ocupados en el arreglo de sus trajes rusos, griegos, caucásicos y mongólicos, como las mismas damas. Cuando la nobleza de Moscou da un baile á la familia imperial, la cosa debe resultar extraordinaria. En cuanto á mi hermano Alejandro y á mí, se nos consideraba demasiado jóvenes para tomar parte en un ceremonial tan importante.

Y, sin embargo, después de todo, yo formé en él. Nuestra madre había sido íntima amiga de madame Nurimoff, la esposa del general que era gobernador de Wilno cuando se empezó á hablar de la emancipación de los siervos; esta mujer, que era muy hermosa, se esperaba que asistiera al baile en compañía de su hijo, niño de unos diez años, vestida con un traje verdaderamente magnífico, de princesa persa, formando juego con el que se había hecho para el niño de príncipe del mismo país, de un lujo extraordinario, con un cinturón cubierto de piedras preciosas; pero habiendo caído éste enfermo en aquellos días, su madre creyó que uno de los hijos de su mejor amiga debiera ser el mejor sustituto del suyo. Y, al efecto, nos llevaron á su casa á Alejandro y á mí, á que nos probásemos el vestido. A él, que era más alto que yo, le estaba muy corto; pero á mi me ajustaba perfectamente, y, por consiguiente, se decidió que yo representase el príncipe persa.

El inmenso salón del palacio de la nobleza moscovita estaba cuajado de invitados. Todos los niños recibieron estandartes coronados con las armas de cada una de las sesenta provincias del imperio ruso. Yo tenía un águila flotando sobre un mar azul, que representaba, según supe después, las armas del gobierno de Astrakhan en el mar Caspio. Se nos formó á todos en la antecámara y marchamos después lentamente en dos hileras, dirigiéndonos hacia la elevada tribuna en que se hallaban el emperador y su familia; al llegar allí, nos dividimos á derecha é izquierda, quedando así alineados en una sola fila ante ellos. A una señal dada se levantaron todos los estandartes, y la apoteosis de la autocracia aparecía muy expresiva. Nicolás quedó encantado; todas las provincias del imperio rendían homenaje al jefe supremo. Después, los niños nos retiramos pausadamente al fondo del salón. En aquel momento se produjo alguna confusión; los ayudas de cámara, con sus brillantes y bordados uniformes, corrían en todas direcciones, y yo perdí mi puesto en la formación; pero, mi tío, el príncipe Gayarin, vestido de tungo (yo estaba absorto, contemplando con admiración su traje de pieles y su aljaba llena de flechas), me levantó en sus brazos y me colocó en la plataforma imperial. Bien fuera por ser yo el más pequeño de todos los niños presentes, ó porque mi cara redonda, adornada por un

cabello rizado, y la cabeza cubierta con un gran gorro de pelo de astracán llamaran su atención, lo cierto es que Nicolás quería que me llevaran adonde él estaba, y allí permanecí entre generales y señoras que me miraban con curiosidad. Después me dijeron que el emperador, quien siempre fué aficionado á chistes de cuartel, me tomó por el brazo y, conduciéndome adonde estaba Maria Alexandrovna (la esposa del príncipe imperial), que se hallaba próxima á su tercer alumbramiento, dijo en su lenguaje militar: —Esta es la clase de niños que debéis traerme—gracia que la hizo ruborizar en extremo. De lo que sí me acuerdo es de que él me preguntó si quería dulces, y yo le contesté que lo que deseaba era galletas pequeñas, de las que se sirven en el te (en casa no nos veíamos hartos nunca); entonces llamó á un criado y me vació una bandeja entera en mi alta gorra. —Se las llevaré á Sasha—le dije.

Sin embargo, Mikhael, el hermano de Nicolás, que tenía aspecto de soldado y fama de ser muy chistoso, consiguió hacerme llorar. —Cuando sois niño bueno—dijo—os tratan así—y me pasó su gran mano por la cara hacia abajo. —Pero cuando sois malo, os tratan así—y me la pasó hacia arriba, refregándome la nariz, que ya tenía una tendencia marcada á crecer en tal dirección. Las lágrimas, que en vano traté de contener, asomaron á mis ojos; las señoras en

el acto se pusieron de mi parte, y Maria Alexandrovna, que tenía muy buen corazón, me tomó bajo su protección; me sentó á su lado en una silla alta de terciopelo verde con espaldar dorado, y mi familia me dijo después que al poco tiempo eché la cabeza en sus faldas y me quedé dormido, no moviéndose ella de su asiento en todo el tiempo que duró el baile.

Recuerdo también que, mientras que aguardábamos en el salón de entrada el carruaje, los míos me acariciaron y besaron, diciendo: —Chiquito, te han hecho paje.—A lo que yo contesté: —No soy paje; quiero irme á casa—hallándome muy preocupado, pensando en la gorra que contenía las galletitas que le llevaba á Sasha. No sé si llegaron á su poder muchas; pero recuerdo el abrazo tan apretado que me dió cuando le dijeron el interés que yo me había tomado en el asunto.

El ser inscrito como candidato para el cuerpo de pajes era entonces una gran distinción, con la cual rara vez Nicolás favorecía á la nobleza de Moscou. Mi padre estaba contentísimo, y ya soñaba con una brillante carrera cortesana para su hijo, y mi madrastra, cada vez que hablaba del particular, agregaba siempre: —Todo se debe á las instrucciones que le di antes de ir al baile.

Madame Narimoff se hallaba también muy complacida, é insistía en querer retratarse con

el vestido que tan admirablemente le sentaba, teniéndome de pie á su lado.



La suerte de mi hermano Alejandro se decidió del mismo modo al siguiente año. En aquella época se celebraba el aniversario de la creación del regimiento de Izmaylousk, al que mi padre había pertenecido en su juventud. Una noche, mientras que la casa entera estaba sumergida en un profundo sueño, un coche de tres caballos, y llenos de campanillas los arneses, paró ante nuestra puerta, y un hombre que saltó de él, gritó: —¡Abrid! ¡Una orden de su majestad el emperador!

Fácilmente se comprenderá el terror que esta visita nocturna sembró en nuestra casa: mi padre, temblando, bajó á su despacho; «los consejos de guerra y la degradación militar» eran cosas de que se oía hablar todos los días; era una época terrible. Pero Nicolás no quería más que tener los nombres de los hijos de todos los oficiales que habían pertenecido al regimiento, con objeto de que se mandaran á las escuelas militares, si es que aún no se había hecho. A ese propósito se envió un mensajero especial desde San Petersburgo á Moscou, el cual llamaba noche y día en las casas de los ex oficiales.

Con mano temblorosa, mi padre escribió que su hijo mayor Nicolás, estaba ya en el primer

cuerpo de cadetes en Moscou; que el menor era candidato para el cuerpo de pajes; no quedando más que el segundo, Alejandro, por entrar en la carrera militar. Algunas semanas después se recibió una comunicación informando á mi padre de «la gracia imperial», ordenándosele á Alejandro que entrara en un cuerpo de cadetes en Orel, pequeña población de provincia: costándole á mi padre mucho trabajo y mucho dinero que se permutara dicho punto por Moscou. Este nuevo «favor» sólo se obtuvo en consideración á que ya nuestro hermano mayor se encontraba en el primer cuerpo de cadetes de esta ciudad.

Y así, debido á la voluntad de Nicolás I, ambos tuvimos que recibir una educación militar, á pesar de lo cual no pasaron muchos años sin que, por lo absurda, nos pareciera odiosa esa carrera. Pero Nicolás cuidaba mucho de que ninguno de los hijos de la nobleza siguiera otra, á menos de que no gozaran de buena salud; por esta razón los tres nos vimos obligados á ser oficiales, con gran satisfacción de mi padre.

VI

La riqueza se media en aquellos tiempos por el número de «almas» que poseía un propietario territorial: tantas «almas», quería decir tantos siervos varones; las mujeres no se contaban. Mi padre, que era dueño de cerca de unas mil

doscientas de aquéllas en tres provincias diferentes, y que tenía además grandes extensiones de terreno que dichos siervos cultivaban, era tenido por hombre rico. El procuraba mantener en la práctica esa reputación; teniendo siempre su casa abierta á disposición de sus amigos y manteniendo una numerosa servidumbre.

Éramos ocho de familia y en ocasiones diez ó doce; para cuyo servicio, cincuenta criados en Moscou, y como la mitad más en el campo, no se consideraba demasiado. Cuatro cocheros para cuidar de doce caballos; tres cocineros para los amos y dos para los otros; doce camareros sirviendo á la mesa (hallándose uno con plato en mano tras de cada persona sentado á la misma), é innumerables muchachas en el departamento de las doncellas: ¿quién era capaz de vivir con menos?

Además, la ambición de todo propietario territorial era de que, todo lo que se necesitara para el servicio, se pudiera hacer en casa sin recurrir á fuera.

Si por casualidad observaba una visita, «¡qué bien templado está siempre vuestro piano! ¿Supongo que os lo templará Herr Schimmel? Poder contestar «tengo mi propio afinador», era entonces lo más correcto.

Si el convidado exclamaba cuando aparecía hacia el final de la comida una obra de arte compuesta de helados y pastas, «¡qué hermoso